

Catecismo 618 -623 Nuestra participación en el sacrificio de Cristo

JOSE IGNACIO MUNILLA

Obispo de San Sebastián

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Punto 618:

La Cruz es el único sacrificio de Cristo "único mediador entre Dios y los hombres" (1 Tm 2, 5). Pero, porque en su Persona divina encarnada, "se ha unido en cierto modo con todo hombre" (GS 22, 2) Él "ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de Dios sólo conocida [...] se asocien a este misterio pascual" (GS 22, 5). Él llama a sus discípulos a "tomar su cruz y a seguirle" (Mt 16, 24) porque Él "sufrió por nosotros dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas" (1 P 2, 21). Él quiere, en efecto, asociar a su sacrificio redentor a aquellos mismos que son sus primeros beneficiarios (cf. Mc 10, 39; Jn 21, 18-19; Col 1, 24). Eso lo realiza en forma excelsa en su Madre, asociada más íntimamente que nadie al misterio de su sufrimiento redentor (cf. Lc 2, 35):

«Esta es la única verdadera escala del paraíso, fuera de la Cruz no hay otra por donde subir al cielo» (Santa Rosa de Lima, cf. P. Hansen, Vita mirabilis, Lovaina, 1668)

Entrando en este comentario de lo que es nuestra participación en el sufrimiento de Cristo, tenemos que decir que la forma en que Cristo ha tenido de afrontar el "misterio del sufrimiento", tiene una respuesta muy peculiar por parte de Jesucristo, que, verdaderamente es comprometida; es **una respuesta existencial**.

Me refiero a que los que sufrimos estamos tentados de replicar a los que hablan de valor del sufrimiento, a los que predicán sobre ello, o dicen palabras bonitas sobre el valor del sufrimiento, **pero no es lo mismo "predicar que dar trigo". No es lo mismo predicar sobre el sufrimiento que sufrir uno mismo**. Dios Padre responde a esta "objeción" **enviando a su propio Hijo**, a un destino que comportaba el máximo sufrimiento, y el mismo Cristo aceptando libremente esa "vocación" a la cruz.

Por tanto, Jesús no da una respuesta teórica al misterio del sufrimiento, no, El da una respuesta existencia, vital, que compromete su vida.

En el plano del sufrimiento no ha faltado nada a la solidaridad de Jesús con los hombres: Además de dolores físicos suficientemente evidenciados en la crucifixión, Jesús ha conocido profundas pruebas morales: sufrió la injusticia en las acusaciones que se formulaban contra Él, que eran falsas; conoció el sufrimiento del fracaso, no consiguió que su mensaje fuera aceptado y suscitar la fe en el pueblo al que Él pertenecía; bebió el cáliz de la ingratitud de las turbas; en su interior sufrió hasta el sentimiento de abandono por su Padre; verse entregado a la soledad frente a la desgracia.

Cuando Jesús nos habla o nos revela el sentido del sufrimiento lo hace con **un compromiso personal de toda su vida**. Su discurso no es teórico, como quien habla desde un pulpito, de una teoría.

Jesús ha asumido plenamente este misterio sacrificial y en el devenir de su vida es patente su voluntad: fijaos bien, no únicamente para revelarnos el sentido del sufrimiento, **sino también para aliviar los dolores que encuentra a su paso**.

Lejos de pensar que “si Él ha asumido el sufrimiento por los demás”, “por lo menos que los demás lo soporten también...”. No es así: **Jesús puso todo su empeño en aliviar los sufrimientos a su alrededor**.

La **compasión eficaz** que Jesús demostró en los que sufrían, con sus milagros, prueba que Él no desea otra cosa que la “dicha de la humanidad”. La relación de Jesús con el sufrimiento no es el “masoquismo”, no; Jesús abraza el sufrimiento y al mismo tiempo intenta aliviarlo, las dos cosas al mismo tiempo.

Esto nos enseña que la “asociación” del cristiano al destino doloroso de Cristo, también tiene que ir unida a un ardoroso afán por aliviar los sufrimientos de los demás y aminorar el dolor del mundo.

Esto lo han entendido bien, las almas asociadas a la pasión de Cristo. Estoy pensando en San Pio de Pietralcina (El padre Pio), estigmatizado de Jesucristo, que cargo con persecuciones, y sufrimientos en su vida, sin embargo uno de sus afanes principales fue la de aliviar los sufrimientos. Él fundó el hospital que lo llamo “alivio del sufrimiento” en el entorno de su monasterio.

Esto de asumir el sufrimiento e intentar aliviarlo nos enseña cual es la clave, lo propio, lo específico de Jesús: **ES EL SUFRIMIENTO TRANSFORMADO EN ACTO REDENTOR**.

Jesús, al revelarse contra la interpretación de que el sufrimiento es castigo, quería acabar con la injusticia que consiste en juzgar a los demás culpables en la medida en que sufren.

Por su propia pasión, Jesús da a entender de un modo muy elocuente, **que el sufrimiento terreno no tiene carácter de castigo**: **LA PRUEBA ES QUE EL ERA “EL PLENAMENTE INOCENTE”**. Era la Santidad irreprochable. Jesús personifica el caso del “inocente abrumado por el dolor”; que evidentemente no podía ser castigado por Dios, puesto que era inocente.

Pero el caso individual de Jesús reviste un carácter universal. La pasión demuestra que, para toda la humanidad, **el sufrimiento no es un castigo**.

En efecto, Cristo ha tomado sobre sí, todas las consecuencias del pecado de la humanidad, sobre todos los sufrimientos que habría merecido el pecado cargando con ellas en calidad de inocente; y así confiere a esos sufrimientos un significado distinto: **UN VALOR DE REDENCION**:

Lo que antes de Cristo en el antiguo testamento tenía un significado de castigo, ahora, después de Cristo tiene un significado de valor de redención.

Este es el sentido de lo que dice Jesucristo: “Que El da su vida en rescate por todos”.

Si Cristo se hubiera “contentado” de sufrir y morir “**CON**” nosotros, acompañándonos, pero no en lugar nuestro; el sufrimiento y la muerte no habrían dejado de ser “las penas del pecado”. Pero es que Jesús no ha sufrido con nosotros: ha sufrido **POR** nosotros, sustituyéndonos. Este es el misterio, con este “**POR** nosotros” hace un cambio radical del sentido del sufrimiento.

En otros programas anteriores ya dijimos que la “sustitución de Cristo” no excluye, sino que incluye la cooperación nuestra. Por medio de su pasión, Jesús no nos dispensa del sufrimiento y de la muerte; si estamos sometidos al sufrimiento y a la muerte es porque Él **nos ha asociado a su obra redentora**.

Jesús responde a la pregunta: “¿Quién peccó, él o sus padre, para que este naciese ciego?”, ante el ciego de nacimiento: “**Ni peccó él ni peccó su padre, sino para que se manifestase la gloria de Dios**”.

Con Jesucristo el sentido del sufrimiento es para que se manifieste la gloria de Dios, porque redime al hombre, porque le purifica, porque le eleva a una condición de “corredentor” con Jesucristo.

Incluso -¡ojo!- desde el punto de vista de que ciertas leyes de la naturaleza han sido violentadas: por ejemplo: hay personas que sufren el sida porque en sus vidas han tenido un comportamiento moral incorrecto (contagio por drogas... etc.). ¿Sería correcto que esas personas sufren el sida como castigo por sus pecados?. Hay que responder que no, ni tan siquiera en este caso. Después de la redención de Cristo no sería correcto decir que sufren el sida por sus pecados.

Desde Cristo, cualquier situación de Cruz, hay que entenderla como una ocasión de ofrenda y de redención. Todo sufrimiento ha sido permitido por Dios con miras a una ofrenda redentora.

Es preciso observar que las desgracias como castigo por el pecado, revela lo “que ante Dios merece el pecado del hombre”; pero esto es solo una parte de la revelación, y el error consiste en quedarse solo con esto, como si fuese una palabra definitiva. Porque esa revelación parcial de que “el pecado merece castigo” nos hace comprender como Cristo ha tomado sobre si el sufrimiento y la muerte debidos al pecado.

En este punto del catecismo, cuando habla de cómo “somos asociados al sacrificio redentor de Jesucristo”, cita tres textos:

Marcos 10, 39: 37 Ellos le respondieron: «Concédenos que nos sentemos en tu gloria, uno a tu derecha y otro a tu izquierda.»

38 Jesús les dijo: «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber la copa que yo voy a beber, o ser bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado?»

39 Ellos le dijeron: «Sí, podemos.» Jesús les dijo: «**La copa que yo voy a beber, sí la beberéis y también seréis bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado**»

Jesús les dice que van a ser asociados al mismo “cáliz” de Cristo.

Juan 21, 18-19: «*En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras.*»

19 Con esto indicaba la clase de muerte con que iba a glorificar a Dios. Dicho esto, añadió: «*Sígueme.*»

Jesús le da a Pedro una vocación de seguimiento en su pasión. Cuando es Dios el que dirige su vida, le dirige a la pasión, “otro te ceñirá y te llevara a donde tú no quieras”. Le da una vocación de martirio.

Colosenses 1, 24: *Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia.*

Es un texto misterioso; porque alguno puede decir: ¿La pasión de Cristo es incompleta?, ¿Qué Cristo no sufrió todo lo que tenía que sufrir, y nosotros tenemos que poner un “plus” de sufrimiento, porque Jesús se quedó corto...?. Evidentemente no.

La interpretación más correcta es decir que lo “que le falta a la pasión de Cristo” es **nuestra asociación libre** a la pasión de Cristo.

Ayer una oyente preguntaba de cómo interpretar el hecho de que estamos salvados por Cristo, y es indistinto el tipo de respuesta que tengamos. Si y no, porque Cristo nos ha salvado entregando su vida en la cruz por todos, pero ahora falta la asociación libre nuestra a esa pasión de Cristo, Falta recibirla, falta abrir nuestro corazón a ella, **Falta dejarse transformar por ella. No basta decir: “Cristo ha muerto por mí”**, no se trata de que Cristo “me tape o me cubra con su manto”, sino que se trata de que yo me deje transformar por El. Por tanto cuando se dice: “*Completo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo*”; Jesús quiere la colaboración **libre** del hombre. Nadie puede ser salvado en contra de su voluntad.

Decía San Agustín: “**El que te creo sin ti no te salvara sin ti**”. Es cierto que Dios nos trajo a este mundo sin pedirnos permiso; ahora bien, la salvación **SI** comporta nuestro “si”, nuestro “dame tu Gracia”, nuestra apertura a la salvación, nuestra colaboración con la salvación de Cristo.

Y también quiere decir que **Cristo nos da su gracia para que en nuestros sufrimientos seamos corrededores con El**. Jesús no solo nos redime, sino que nos hace corrededores, es una redención mucho más perfecta. Nosotros podíamos haber imaginado una redención “pasiva”, en la que “alguien hace algo por nosotros”, y nosotros lo recibimos como quien recibe un regalo.

Todo, en nuestra vida, unido a la cruz de Cristo tiene un valor redentor. No hay lágrima, no hay sufrimiento, no hay dolor **inútil** en nuestra vida. Este es el gran acto de nuestra fe, el que nosotros lleguemos a creer plenamente que “**nada que ocurra en nuestra vida se ha desperdiciado**”. Hasta en los errores, hasta en nuestro propio pecado, unido el sufrimiento del propio pecado, ese acto de contrición, unido a la pasión de Cristo es “gracia corredentora”.

Es importante que hagamos la reflexión de cuál es el valor y el sentido del sacrificio y del sufrimiento. El valor y el sentido del sufrimiento es un momento privilegiado para expresar el “amor”. El amor se revela en el dolor de una manera muy privilegiada.

Las manifestaciones de amor pueden tener muchos caminos, pero algunos pueden ser equívocos, incluso pueden ocultar intereses egoístas. Cuando una persona expresa su amor a otra a través de palabras bonitas, o de gestos delicados, regalos; estos gestos pueden ser signos de un amor sincero, pero puede no

serlo. Sin embargo la prueba más inequívoca de un amor sincero y verdadero es **la capacidad de sufrir por la persona amada**: *“Nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos”* (Juan 15,13). Se dice que “Quien no sabe sufrir no sabe amar”, y es lugar más inequívoco para manifestar el amor. “dime cuanto estas dispuesto a sacrificarte y te diré cuanto amas a esa persona”.

Esta es la primera razón de ser del sufrimiento. El Padre ha querido el sufrimiento a título de redención porque en el dolor el hombre puede amar más, se agudiza más su capacidad de amar.

Una segunda razón de ser, es el hecho de que el sufrimiento es camino: La cruz es camino del hombre, fue el camino de Jesús y Él quiere que el cristiano caiga en cuenta que la cruz es el camino para la resurrección. Porque hace falta todo un proceso de purificación interior que el hombre tiene que ir consumando. Sabemos que Dios es santo y para gozar de su intimidad en el cielo es necesaria la purificación de nuestro pecado. Sabemos que *“Los limpios de corazón verán a Dios”*. Esa purificación, tendrá lugar en el purgatorio después de la muerte, puede y debe ser adelantada en esta vida; y entre los medios de purificación de nuestros pecados, nuestra madre la Iglesia nos destaca la importancia de las “obras de penitencia”. Estamos hablando de la “oración, el ayuno, la limosna, y **el abrazar la cruz personal**, es el mejor camino de penitencia.

La cruz se ha convertido en “nuestro camino”. Es más tenemos que aprender a desconfiar de los caminos que se plantean sin “cruz”: las espiritualidades de camino fácil. Como cuando se nos dice: “aprenda ingles sin esfuerzo”. Eso es un timo.

Otra razón: La propia identificación con ese Cristo crucificado. Los Santos y los místicos (y todos deberíamos desear serlo, aunque no lo seamos) han abrazado la cruz, no solo porque la cruz es necesaria para su purificación, sino que han **abrazado la cruz como un “amor”, como una expresión de amor a Jesucristo**. Cuando se ama a una persona, se la ama hasta en su propio destino: **La identificación con Cristo nos hace amar la cruz**. Tantos Santos –San pio de Pietralchina, San Francisco de Asís- y tantos y tantos santos que se han “enamorado de la pasión de Jesús”, experimentando la plena unión esponsal con Cristo crucificado.

También tenemos que pedir eso como gracia, aunque tengamos una aversión natural: nuestra naturaleza no ama la cruz, no ama el sufrimiento, más bien siente una repugnancia hacia él; también Jesús sintió esa repugnancia en Getsemaní. El amor a Cristo crucificado hace que el hombre supere esa repugnancia.

Por último, el valor y sentido del sufrimiento es el de la “corredención”. Que es lo que hoy hemos comentado.

Al igual que Cristo, nosotros somos sacerdotes, ofreciendo el sufrimiento y el dolor al Padre.

En el nuevo testamento el “sacerdote y la víctima” se identifican: Jesús es el sacerdote y es la víctima. De la misma manera nosotros somos “el sacerdote que ofrece el sacrificio” y “somos la víctima del sacrificio”. Por Jesucristo podemos no solo ser la víctima que sufre, sino que también podemos ser el sacerdote que la ofrece en el altar de nuestra vida, uniéndola al altar del sacrificio eucarístico cada vez que celebramos la Santa Misa. Ese es el sentido del sacerdocio común de los fieles.

“Por Cristo, con El y en El” todo nuestro sufrimiento tiene un valor redentor.

Este punto del catecismo termina diciendo: **Eso lo realiza en forma excelsa en su Madre, asociada más íntimamente que nadie al misterio de su sufrimiento redentor**

Lc 2, 35: *Simeón les bendijo y dijo a María, su madre: «Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción - 35 ¡y a ti misma una espada te atravesará el alma! - a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones.»*

Al final, cuando la Iglesia nos habla de nuestra participación en el sacrificio de Cristo nos pone a María como modelo.

María –La Virgen de los Dolores-, María al pie de la Cruz, esa imagen de la Piedad María sosteniendo a su Hijo es nuestro modelo.

En el arte Cristiano se ha expresado esto de muchas formas.

El arte oriental ha expresado en varios autores la imagen de María sosteniendo al Niño –al bebe- en sus manos pero amortajado, como si fuese un niño difunto; queriendo expresar esa profecía de Simeón.

En Occidente tenemos imágenes similares. María Reparadora es la imagen que sostiene al niño en brazos pero el Niño está viendo, como en una visión, un Angel que le enseña los clavos y la lanza de la pasión y la corona de espinas.

En Zumárraga, desde la población que yo os hablo, tenemos una ermita donde se conserva una antigua imagen de la Piedad, pero con una cosa peculiar y es la Virgen Madre que sostiene a su Hijo descendido de la cruz, pero con la peculiaridad de que tiene el tamaño de un niño.

Todas esas expresiones del arte cristiano que quiere hablar de María corredentora al pie de la cruz; nos hablan de María que venció la expresión meramente carnal. El amor carnal de una madre naturalmente le conduce a sufrir por los sufrimientos de un hijo, pero una madre quiere que su hijo no sufra e intenta evitar que su hijo padezca cualquier tipo de sufrimiento, eso es un amor carnal. Pero es que María supero el amor carnal. María no estuvo intentando evitar el sufrimiento de su hijo, sino que María acompañó a su Hijo y fue un estímulo para que su Hijo Jesucristo abrazase el camino de la cruz.

Esto es todo un ejemplo para las madres cristianas, para que superen ese amor carnal hacia sus hijos, intentando, a veces defenderlos cuando son corregidos por otras personas, evitar un tipo de educación donde su hijo se sacrifique más etc.; sino más bien el auténtico amor de María el que es modelo para nosotros.

María se asocia a la pasión de su Hijo y ella también pronuncia el “sí quiero la cruz”. María, en un misterio de dolor, abraza esa cruz, sabiendo de una manera misteriosa (ella no tenía la visión beatífica que tenía Jesucristo), pero confiando plenamente en que ese misterio de cruz es misterio de salvación para todos los hombres, tal y como Simeón le dijo.

Concluimos pidiéndole a María la “asociación voluntaria y libre”, con un corazón plenamente confiado a la pasión de Cristo. Con un amor espiritual a nuestros hermanos, que supere el amor meramente carnal.

Lo dejamos aquí.